

S. L. M. Grignion de Montfort

Escritos marianos selectos

El secreto de María
Tratado de la verdadera devoción
a la Santísima Virgen María



Introducción de
ANDRÉS MOLINA PRIETO



SAN PABLO

INTRODUCCIÓN

San Luis María Grignion de Montfort, o el «Santo Montfort», como se le denomina con frecuencia en la literatura popular mariana, es, sin duda, una figura apasionante en la hagiografía de los siglos XVII y XVIII, ya que se encuentra a caballo entre ambas centurias. Contra lo que podía preverse en un principio, su vida ministerial se vio muy probada por enormes incomprensiones y trato vejatorio de quienes menos cabía esperarlo.

Su itinerario pastoral, sembrado de dificultades y cruces, por varias diócesis de la Bretaña francesa, es escasamente conocido. En cambio, su fama como adalid de la devoción mariana de los últimos tiempos se debe a haber sido el apóstol por excelencia de la *Perfecta consagración a la Santísima Virgen*, según la consabida fórmula que él acuñó y popularizó: «Por María, en María, con María y para María».

Examinando a fondo su personalidad religiosa, en el contexto histórico de la época, cabe afirmar que Montfort aparece como heredero de la tradición espiritual y misionera de la Francia postridentina. Y, dejando a un lado aspectos controvertidos que no vienen al caso, emerge sobre todo un hecho indiscutible: nadie le puede arrebatarse su mayor mérito, que

consiste en representar dignamente una elevada cima en la historia de la devoción y espiritualidad mariana.

No tienen razón quienes atacan con irresponsable ligereza la doctrina mariana de este apóstol bretón, sin haberse molestado en estudiar a fondo toda su obra literaria y sobre todo la impresionante gesta evangélica protagonizada por sus afanes misioneros. En estas breves páginas de presentación de sus dos tratados marianos, el lector encontrará datos que iluminan, con suficiente claridad, tanto su perfil biográfico como su valiosa herencia escrita.

Nos hallamos, sin duda, ante un excelente «autor clásico mariano», sin ningún género de hipérbole. Pocas figuras habrán influido con más notable repercusión en la espiritualidad mariana de la Iglesia como nuestro santo francés. El papa Juan Pablo II no vaciló en citarle repetidas veces en sus alocuciones. Y, desvelando su propia intimidad y legítimas preferencias devocionales, añadió que los escritos marianos de Montfort le acompañaron durante toda su vida, incluida, por supuesto, su prolongada y fructífera etapa papal. Aquí reside, probablemente, una de las claves interpretativas de su profunda piedad mariana de la que todos hemos sido testigos.

1. Breve reseña biográfica

Nació el 31 de enero de 1673 en Montfort-La Pata (Bretaña francesa), no lejos de la ciudad de Rennes. Fueron sus padres Juan Bautista Grignon y Juana Robert. Bautizado con el nombre de Luis, añadiría el nombre de «María» al ser confirmado en el vecino pueblo de Iffendic, donde pasó su infancia. Frecuen-

tó el colegio jesuítico de Tomás Becket, en Rennes, donde fue congregante mariano.

Pasó ocho años en París (1693-1700), completando sus estudios teológicos en el seminario de San Sulpicio, donde se preparó concienzudamente para el sacerdocio. Su conducta fue altamente ejemplar con máximo aprovechamiento. El 5 de junio de 1700 –contaba entonces 27 años– fue ordenado sacerdote y, poco después, celebraba su primera misa ante el altar de Nuestra Señora del famoso centro sulpiciano. Sintió viva inclinación para evangelizar tierras de infieles en misiones extranjeras, pero su director le disuadió de ello, mostrándole el rico campo apostólico que se le ofrecía en la misma Francia.

Se incorpora a la comunidad de Renato Lèveque en Nantes. Las vicisitudes de su ministerio resultaron sumamente dolorosas por los frecuentes rechazos, prejuicios y calumnias que recayeron sobre su original estilo apostólico, un tanto extraño o atípico, en el ambiente de su tiempo. En algunas ocasiones se vio obligado a ejercer lo que él llamó gráficamente una «predicación silenciosa» o simplemente testimonial, ya que no se le permitía hablar en público. Y, por otro lado, la mentalidad jansenista de bastantes comunidades asfixiaba sus ideales evangélicos.

Parece que fue en la ermita de San Lázaro, cerca de su pueblo natal, donde recibió una inspiración celestial para escribir sus dos obras más importantes: *Le secret de Marie ou l'esclavage d'amour de la Sainte Vierge* y el *Traité de la vrai dévotion à Marie*, cuya redacción tuvo lugar en el último quinquenio de su vida, es decir, entre 1710 y 1715. Entre la fecha de su ordenación y esta época, casi conclusiva de su breve itinerario terreno, transcurren interesantísimas expe-

riencias interiores que aceleran la maduración de su sacerdocio, intensamente pastoral, ejercido tan sólo dieciséis años, abnegados y copiosamente fecundos.

Fue en esta etapa cuando se sintió prácticamente abandonado como objeto de constantes recelos y sospechas. Dos facetas de gran relevancia merecen destacarse: la de misionero apostólico y la de fundador.

a) *Misionero apostólico*. Era esta su vocación definitiva. Había dado en Poitiers varias misiones con ubérrimos frutos espirituales. Pensando en su apostolado en ultramar se encaminó a Roma, donde fue recibido en audiencia privada por Clemente XI, enérgico debelador del renacido jansenismo, quien le aconsejó quedarse en Francia fiel a su vocación evangelizadora. Le confirió gustoso el título de «misionero apostólico».

En el decenio que le resta de vida, Montfort misiona incansablemente pueblos y aldeas rurales, dentro de terribles contrariedades, en las diócesis de Rennes (1706), de Saint-Malo y Saint-Brieuc (1707-1708), y en Nantes (1708-1711). Los últimos años trabaja también apostólicamente con ritmo más sosegado en las diócesis de La Rochela y Luçon, donde cosechó abundantes frutos regados con indecibles sufrimientos. No sin agudeza, repetía a menudo el santo Montfort: «Ninguna cruz: ¡Qué cruz!». Aterradora fue la soledad en que se vio sumido al ver que los más cercanos le retiraban su conversación, evitando tratarle. A una misiva de su reducido epistolario corresponde el siguiente párrafo particularmente revelador de su «noche oscura»: «No tengo más amigos que Dios sólo. Todos los que tuve en otro tiempo

en París, me han abandonado» (*Carta 15*). Todavía más elocuente es este fragmento de su *Carta 26*: «Me encuentro como una pelota durante el juego: tan pronto la arrojan de un lado cuando la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Así estoy yo sin tregua ni descanso, desde hace tres años».

Estos lacónicos textos autobiográficos ponen de relieve la talla y el temple moral de todo un luchador que se va dejando jirones del alma en el duro frente de batalla. Montfort es, ante todo y sobre todo, misionero apostólico, siempre en contacto con el pueblo pobre, ignorante y necesitado. Fundó en Nantes un hospital de «Incurables» y frecuentó el hospital parisino de La Salpêtrière, donde se encontró con 5.000 enfermos.

Su última misión fue la que dio en San Lorenzo de Sèvre a principios de abril de 1716. El 27 de este mismo mes dictó su testamento espiritual y al día siguiente expiró santamente. Más de 100.000 personas de toda la comarca de La Rochela acudieron a venerar los restos de su querido apóstol y misionero. A partir de su muerte, la fama de santidad fue creciendo de forma imparable: el 22 de enero de 1888 fue beatificado por León XIII, y el 20 de julio de 1947 tuvo lugar su canonización por Pío XII.

b) *Fundador*. Su plena inserción en las iglesias locales, donde dejó profunda huella con su predicación de genuino apóstol popular, no eclipsan otro aspecto interesante de su exuberante personalidad religiosa como es el carisma de fundador, que el Señor le otorgó para perpetuar su eficacísima obra apostólica y su relevante condición de apóstol de la devoción mariana.

En las afueras de La Rochela y en una ermita llamada de San Eloy compuso las *Reglas de las Hijas de la Sabiduría*, que habían de dedicarse a la educación de las niñas pobres, mediante una tarea de enseñanza bien articulada. Sus colegios se llamarían «Escuelas de la Sabiduría». Tuvo el consuelo de ver en marcha esta fundación iniciada con dos jóvenes entusiastas y voluntariosas, María Luisa Trichet y Catalina Brunet.

Experimentó con fuerza la necesidad de reclutar un escuadrón de sacerdotes consagrados íntegramente a misionar por los pueblos más desasistidos. A pesar de sus agotadores esfuerzos, apenas vio brotar la semilla. En su última misión le acompañaron dos colaboradores, Renato Mulot y Adriano Vatel, que serán los dos primeros miembros de la naciente y ansiada Compañía de María. Montfort se muestra extremadamente exigente con sus futuros seguidores. En su *Carta circular a los Amigos de la Cruz*, describe a sus discípulos «como intrépidos y valerosos guerreros en el campo de batalla, sin retroceder un solo paso» (AC 2). Sin embargo, en el *Tratado de la verdadera devoción*, su descripción y exigencias se revisten de tonos más benévolos e indulgentes: «Aman el retiro, se aplican a la oración, a ejemplo y en compañía de su Madre, la Virgen María» (VD 196). Montfort llegó en sus fundaciones hasta el supremo desprendimiento interior. Sabía que eran obra de Dios y que, a su tiempo, florecerían y fructificarían, por concesión gratuita de su amorosa providencia. Cuando muere sólo cuenta con cuatro hermanos y cinco hermanas. Habrá que esperar varias décadas antes de que sus discípulos se multipliquen. Se cumplen, así, una vez más las palabras de Jesús: «Si el grano de trigo que

cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto» (Jn 12,24).

2. Fecundo escritor mariano

San Luis María fue excelente escritor ascético, aprovechando con acierto y fino sentido pedagógico varios géneros literarios, incluido el poético. Era un consumado maestro en el uso de toda clase de recursos populares, prefiriendo los cánticos. Para formarse idea de su facilidad y éxito en utilizar este último medio conviene advertir que se aproximan a 24.000 los versos compuestos y musicalizados para hacer memorizar a los fieles los más variados temas misionales.

Puede conjeturarse la extraordinaria eficacia de su predicación evangélica, que él atribuía a la poderosa intercesión de la Virgen, cuya estatuilla le acompañaba siempre junto al crucifijo. No se separaba jamás de la imagen de Nuestra Señora, que colocaba en su habitación, en el confesionario, en el púlpito y en todas partes donde actuaba. Era su mayor garantía como «Reina de los corazones». Amantísimo de María desde su más tierna infancia, y enraizado teológicamente en la más sólida devoción que fue creciendo con un ritmo cada vez más intenso, Montfort no sólo es un eximio apóstol de María, sino un excepcional escritor mariano no fácilmente superable en la hagiografía católica.

Añadiríamos también que su vida y su obra apostólica, así como sus escritos, reflejan de consuno a un verdadero místico mariano. Dejando al margen el tratamiento de este aspecto, nos interesa fijarnos ahora en su faceta sobresaliente de escritor prolífico. La

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Introducción	5
1. Breve reseña biográfica	6
2. Fecundo escritor mariano	11
3. Espiritualidad mariana cristocéntrica	15
4. Fórmula montfortiana de consagración a María.....	21
5. Un mensaje siempre válido, cada vez más urgente	25
 Siglas	 28
Bibliografía breve	29
 EL SECRETO DE MARÍA 	
Introducción	33
Primera parte: Oficio de María en nuestra salvación	35
Segunda parte: La verdadera devoción a María	43
Suplemento: Oraciones	57
A Nuestro Señor Jesucristo	57
Al Espíritu Santo	58
Oración a Nuestra Señora	58
Conclusión: Cultivo y crecimiento del árbol de la vida	61

**TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN
A LA SANTÍSIMA VIRGEN**

Introducción	67
 Primera parte: De la devoción a la Santísima Virgen en general	
Virgen en general	72
Capítulo 1	73
Capítulo 2	76
Capítulo 3	89
 Segunda parte: El culto de María en la Iglesia	
Capítulo 1	97
Primera verdad	97
Segunda verdad	102
Tercera verdad	108
Cuarta verdad	111
Quinta verdad	113
Capítulo 2	116
Capítulo 3	124
Capítulo 4	128
 Tercera parte: En qué consiste la perfecta consagración a Jesucristo	
consagración a Jesucristo	132
Capítulo 1	132
Capítulo 2	140
Capítulo 3	168
1. María los ama	178
2. María los alimenta	182
3. María los guía y dirige	183
4. María los defiende y los protege	183
5. María intercede por ellos	184

	<i>Págs.</i>
Capítulo 4	186
Capítulo 5	194
1. Prácticas exteriores	194
2. Prácticas particulares e interiores para los que quieren alcanzar la perfección .	208
Capítulo 6	215
1. Antes de la comunión	215
2. En la comunión	216
3. Después de la sagrada comunión	217

© SAN PABLO